

Editorial

La ciencia pierde la armonía

Science loses harmony

*Sonia Natalia Cogollo Ospina**

Por haber tenido la certidumbre, concedida a un siglo XIX triunfante, de que “el universo en adelante ya no es un misterio”, la ciencia primero generó un efecto de desencanto. Rechazó el mito y a sus razones apartándolo hacia un pasado abolido —cementerio donde descansan también sus propias teorías, muertas y reducidas al estado de formas míticas—, o hacia un exterior que es el de las sociedades llamadas de la tradición y de la poca racionalidad. La ciencia actual manifiesta una mayor incertidumbre, cuando sus éxitos instrumentales aumentan rápidamente su conquista del mundo y del hombre, su poder expansivo. Es este movimiento y esta eficacia lo que la legitiman: ella triunfa; su éxito provoca reacciones contrapuestas, se pasa de uno a otro extremo: o bien nutre su fe absoluta, casi una religión, o bien provoca un rechazo radical justificado por los efectos descontrolados (incontrolables) de sus aplicaciones. Entre los dos extremos, está la duda, el cuestionamiento.


Balandier, 2003, p. 40.

Enciclopedistas de la Ilustración como Diderot y D’Alembert, estaban esperanzados en que la ciencia reemplazaría a la religión en el sentido de tener certezas sobre la explicación de la naturaleza del mundo y de la existencia. La ciencia, desde el siglo XIV, tenía ese ideal

Forma de citar este artículo en APA:

Cogollo Ospina, S. N. (2015). La ciencia pierde la armonía. *Revista Perseitas*, 3 (1), pp. 7-11.

* Magíster en Literatura Colombiana, Docente de la Fundación Universitaria Luis Amigó y de la Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia, correo: sonia.cogolloos@amigo.edu.co. Miembro del grupo de investigación Estudios de Fenómenos Psicosociales, adscrito a la Facultad de Psicología y Ciencias Sociales de la Fundación Universitaria Luis Amigó.



que se puede sintetizar en la palabra “orden”, entendiendo lo ordenado como aquello que se comprende, es inteligible y armonioso –para el caso, la concordancia entre el orden de la naturaleza y el de los hombres–. El modelo perfecto de ese orden fue el reloj de Dondi (siglo XIV) que tuvo el objetivo de “reproducir lo que pasa en los cielos” (p. 46), un instrumento que constaba de siete caras con un cuadrante del sol, uno de la luna y las restantes pertenecían a los planetas que se conocían: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno, que giraban alrededor de la Tierra (geocentrismo), para “informar instantáneamente sobre el estado del Cielo, sin recurrir a la compleja localización efectuada mediante cálculos y referencias a los documentos” (p. 46). Esta armonía se pierde con la invención de la máquina a vapor en el siglo XIX: “evocadora de un mundo en el que la transformación del calor en movimiento se efectúa con un derroche irreversible en el que se revela la obra de una potencia a la vez creadora y destructora” (p. 49). Esto introduce una necesidad: entender el orden oculto en el caos.

Para ejemplificar esta situación se recurre a un caso de la ficción: se trata de un hombre de mediana edad, educado en la religión católica, que luego reemplaza por la fe en lo contable y medible, lo que puede explicar los fenómenos del universo y, lo mejor, hacer predicciones sobre ellos. Este hombre tiene un hijo de unos siete años, capaz de programar su computador para hacer cálculos matemáticos y de hacer algunas labores mecánicas como abrir y cerrar las puertas, abrir y cerrar los grifos de agua, y hasta de determinar qué está haciendo su madre al otro lado del continente. Esa ha sido la transmisión del padre al hijo: la certeza de que todo puede ser calculado, con una “fe absoluta” en la ciencia. En contraparte, este niño tiene una tía, hermana de su padre, una devota católica que le dirige la mirada a asuntos vitales como el alma, el sentido de la existencia, la felicidad o al cuestionamiento de si ese computador puede responder qué está soñando su madre. Este niño, de nombre Pawel –que significa pequeño, humilde–, está así en medio de la típica confrontación entre ciencia y religión –aunque no necesariamente son posturas extremas por cuanto, como lo plantea Balandier en el epígrafe, la fe absoluta en la ciencia es otra religión–. Hasta el momento, el pequeño ha podido calcularlo todo, predecirlo; las fórmulas matemáticas y físicas le permiten sentir que tiene control sobre su universo, pero todo cambia cuando regresa de la escuela y encuentra muerto a un perro conocido, que hacía parte de su paisaje diario. Este hecho

lo lleva a plantearle a su padre preguntas sobre la muerte: qué queda después de ella, cuál es el sentido de la vida; sus respuestas están de acuerdo con su manera de comprender el mundo: sólo queda la memoria de las personas, no hay alma alguna, etc.


La postura racional del padre, que pretende tener control sobre los fenómenos, hacerlos predecibles, refleja ese ideal de la modernidad, la inteligibilidad, la primacía de la razón, la sepultura de los mitos, de lo “irracional”, la muerte de la religión para dar paso a lo demostrable, a lo que tenga un estatuto de verdad. Sin embargo, hay un enigma no resuelto: el de la muerte, que plantea un interrogante sobre el por qué y para qué existimos. Ver al perro muerto produjo en Pawel, uno de los personajes del *Decálogo 1* de Kieslowski, inquietudes existenciales, lo llevó a una posición conciliatoria entre sus seres queridos a través de “la duda, el cuestionamiento”. La muerte –le responde el padre–, acontece por enfermedades, por vejez o por accidentes (Kieslowski, 1989).

Pero, ¿puede la ciencia calcular la probabilidad de un accidente? Su fe ciega le permite al padre responderse que sí, pues las fórmulas de la presión y de la resistencia permiten prever que al día siguiente su hijo podrá patinar en el hielo sin ningún riesgo. La vida para este hombre es cuantificable, no tiene mayor misterio por los cálculos de probabilidades. Está seguro de que en la tarde, mientras se encuentra concentrado en la preparación de sus cursos, Pawel está en clase de inglés. Su labor es interrumpida, primero por un frasco de tinta que se riega sobre su escritorio y sus papeles, y luego por la llamada a la puerta de una niña que pregunta por Pawel. Una vecina está preocupada porque ni su hijo ni Pawel llegan de clase de inglés, pero esto al científico profesor no le asombra. Pawel le había dicho que patinaría después de inglés. No hay problema. Ante la manifiesta ansiedad de la vecina, decide buscar a Pawel, convencido de que lo encontraría donde la maestra, pero un asunto incalculable aparece: la profesora amaneció enferma y no pudo dictarla. Esas contingencias son imposibles de prever. La cancelación de la clase la aprovecha Pawel para patinar, completamente confiado en los resultados arrojados

por el computador de su padre. Pero el cálculo falló; las contingencias no pueden avizorarse, simplemente suceden. Los rescatistas hallaron el cuerpo sin vida de Pawel. ¿Ahora qué le queda a su padre?

Esa desilusión puede ser hoy una constante, especialmente en las ciencias sociales y humanas en las que el objeto de estudio son los grupos sociales, las culturas, los seres humanos, la incierta economía, etc.; terreno en el que nada puede darse por cierto puesto que son múltiples los factores que están en juego. Balandier utiliza la metáfora del “concierto interrumpido” para dar cuenta de esa ruptura de la armonía de la ciencia –que ilustro con la maravillosa película del director polaco– que conduce “a la multiplicación de las preguntas más que de las respuestas, a la identificación de posibles más que a la capacidad de formular una explicación verdadera” (p. 56), a resultados parciales. Precisamente esto implica aceptar la incompletud de la ciencia, que se admita que es falible, que tiene límites, “que es *imposible* llegar a una descripción absolutamente lógica de la totalidad del mundo, porque siempre estará presente una falla bajo la forma de proposiciones indecidibles, en las cuales el carácter de verdad o falsedad será indemostrable” (p. 56). Adicionalmente, precisa considerar el tiempo en su omnipresencia, como una parte constitutiva de la dinámica social, que remite a una sociedad con un “orden improbable” (p. 57). De ahí que Balandier subtitule su libro: “Elogio de la fecundidad del movimiento”, puesto que esta crisis de la ciencia –si se puede denominar así– ha permitido que el desorden se juzgue también como creador en la medida en que se hacen rupturas y avances en la concepción científica, así como por la vindicación que ésta hace de los mitos y del uso de las metáforas y los símbolos en las explicaciones científicas, lo que a su vez, ha posibilitado la transdisciplinariedad; “se reencuentran filósofos y científicos” (p. 41); “los paradigmas se pierden, aparecen y desaparecen” (p. 42).

Ésa es la vía optimista y productiva del desorden, del caos que le recuerda al hombre que no puede equipararse con un supremo dios, que debe aprender a ser humilde como Pawel –por el significado de su nombre– y saber que no todo tiene respuesta, aceptar que hay asuntos que sobrepasan el entendimiento humano o el cálculo de probabilidades, para adaptarse mejor a la vida y sus



azares, e igualmente tener metas más realistas en la investigación científica, pues ésta no se tiene que ocupar necesariamente de los grandes proyectos y problemas del mundo, sino que ocupándose de lo pequeño, de algo micro, de lo fractal, si se quiere, también se puede contribuir con el mejoramiento de la sociedad o con la formulación de nuevas preguntas.

Referencias

- Balandier, G. (2003). *El desorden: La teoría del caos y las ciencias sociales. Elogio de la fecundidad del movimiento*. Barcelona: Gedisa.
- Kieslowski, K. (Director), y Chutkovski, R. y Globus, Y. (Productores). (1988). *Decálogo 1. Amarás a Dios sobre todas las cosas*. [Película]. Polonia: Sender Freies, Telewizja Polska y Zespol Filmowy "Tor".